

irigido un
en aquella
amiento, y
no será de
ibir aquel
do defini-
bre en La
presiden-
os días.
e Tortosa
s sucesos
revestido
do el esta-
a la socie-
ateneo de
putados á
amar han
con el pre-
5,90; Ba n
aduanas,
71. 17.179
56. 17.775
45. 17.498
35. 17.142
29. 17.120
14. 17.042
18. 17.932
18. 17.951
01.
14.
96.
77.
32.
50.
12.
97.
33.
257.
395.
382.
23. 17.324
68. 17.843
63. 17.596
16. 17.477
40. 17.438
50. 17.658
17.842
17.062
17.875
26.
13.
12.
99.
99.
66.
30.
92.
92.
76.
99.
S
SA
ROSARIO
NÚM. 3.
nonurren á
apreciada
el nuevo es-
casa muy
arbolado.
a, medio in-
estas libras.
OJEA.
es la vejez
económico
NTIZA no
fundizmas
da mejores
relaciones.
Precio, il-
bid y pte
ÉNICA.
9.
ALON.
AMÁTICO
venas.
s comedias
unidades.
El sercío
ser fella-
de comedia
de El epio-
La esca-
s. Vénden-
librerías

LIBERTAD

TODAS LAS OPINIONES.

Los Lunes de El Liberal

NO SE DEVUELVEN

LOS ORIGINALES.

DIRECTOR, DON ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

Madrid.

15 DE SETIEMBRE DE 1879.

Las hojas palidecen y tiritan ante las primeras brisas del otoño: el termómetro desciende: el cielo se cubre de nubes blancuecinas: Guadarrama nos envía sus aliciosos mas suaves como recado de atención para que preparemos las esteras: las madres de familia distribuyen a sus hijos las elasticas: se pagan y componen los vidrios rotos en verano: los buenos maridos empiezan á cavilar para que á los primeros frios no falte leña á sus mujeres: todos sabemos lo que debemos hacer el día de mañana, lo que no sabemos es en qué emplear estos días de transición y de entretimiento. Los galanes se despiden de sus novias de verano para declararse á las de invierno: las niñas abonadas al balcón ven con tristeza terminar la temporada. Empieza una estación eclectica y conservadora en que el frío reina y no gobierna: de noche se cojen pulmonías y de día tabardillos.

—Aburrámonos juntos, decía Luis XIII á uno de sus cortesanos, llevándole hacia un balcón de las Tullerías en uno de sus momentos de mayor fastidio.

—Aburrámonos juntos, parece que dijo el maestro Breton al público de Madrid, ofreciéndole un concierto en los jardines del Retiro el sábado por la tarde.

Y en efecto, ni la excelente música, ni la buena ejecución, ni la temperatura apacible, pudieron animar aquella triste despedida de los conciertos al aire libre: aquello tenía el carácter de un ensayo sin decoraciones: la luz del día no disimula los defectos y veíamos todos la descolorida pintura del kiosco, los destrozados asientos de las sillas, las puntas de cigarros sembradas en la arena, los ultrajes del tiempo en los vestidos y las caras, la verdad sin arbores ni misterios. No hay poesía ni prestigio ante la diseción irreparable de la luz. Y la música requiere como todas las bellas artes aparato y preparación para herir el sentimiento. Wagner apagaba las luces de su teatro para que el público sólo se fijase en su espectáculo: el maestro Breton se presentaba sin defensa.

El público permaneció sentado y serio: después se alejó en silencio bostezando como quien sale de hacer una visita de cumplido.

—¿Dónde se divierten las gentes en estos días? nos preguntaba un forastero.

—Viendo *Periquito*.

—Le he visto dos veces.

—Le gustan á Vd. los volatines?

—Creo que ya podría competir con los gimnastas á fuerza de ver repetir los ejercicios.

—Le gusta á Vd. la música flamenca?

—Es tan vieja...

—Amigo mio, está Vd. en el secreto de nuestras diversiones y no hay medio de distraerle: sólo encontrará Vd. los pasatiempos que usted mismo se procure: es Vd. joven, Madrid muy ancho, salga Vd. en busca de aventuras, y se divertirá Vd. lo que quiera.

—¿Quiere Vd. acompañarme?

—Los que nos hemos criado en Madrid no podemos hacer esas excursiones: en todas partes encontramos caras y objetos conocidos. Ayer mismo, huyendo de las gentes, fui á comer á un ventorrillo, donde comí una vez en 1869. Cuando me sirvieron el queso de bola, siguiendo una costumbre antigua, fui á grabar con el cuchillo en la corteza la fecha en que visitaba aquella casa. Juzgue Vd. de mi asombro cuando vi en el queso otra fecha ya medio borrada.

Setiembre de 1869.

Era el mismo queso de bola que me sirvió de postre hace diez años.

—Eso será en los comestibles...

—Sí, señor: hay pollo en los escaparates de las fondas, que para mí es gallo y muy gallo desde que le vi por primera vez excitando el apetito de los transeúntes: ¿cómo se conservan?

Están petrificados.

—Pero las mujeres, repuso el forastero, se renuevan sin cesar y no deben ser fósiles.

—También me parece que veo aún las mismas caras de hace quince años. Así me sucedió cuando hice llamar á la dueña del ventorrillo. Era aún la misma, pero al parecer mas joven y mas fresca.

—Manuela dije con tono irónico: conozco este queso: es el que me sirvió usted siendo los dos muchos mas jóvenes: vea usted la marca que puse en él con el cuchillo.

—Pero la mujer se sonrió, y me contestó también con ironía:

—No me llamo Manuela: Manuela era mi madre.

Las caras conocidas que suelo ver por el paseo, no lo son realmente: son las hijas de las mujeres de mi tiempo.

Por no ser descortés y desatento, quise acompañar al forastero y hacerle soportable una noche de entretimiento, fría y sin teatros. Entramos en un café de mucha concurrencia: el pianista atronaba á los parroquianos, y éstos alborotaban sin atender al pianista.

—¿De qué sirve esa música que nadie oye? me preguntó mi amigo.

—Es un gasto de representación que ya empieza á suprimirse en los teatros: primero se economizó el baile, después los derechos de autor, y por último la orquesta: luego habrá que prescindir del decorado para poder pagar las compañías. Sin embargo, el piano es indispensable en los cafés donde hay tertulia. Sucede en ellos lo que en *El maestro de escuela* de Cárurro: el dueño del establecimiento dice á cada instante: ¡Música! ¡Música! para que no se oigan tantos desatinos.

El forastero no escuchaba, absorto en la contemplación de seis polillas que bajo la inspección de su mamá lanzaban miradas insinuantes á todos sus vecinos.

—¿Conoce Vd. á esa familia? me preguntó mi amigo.

—No, señor, pero deben ser huérfanas de brigadier.

—Esas señas...

—Son genéricas: antiguamente serian huérfanas de intendentes de provincia. ¿Cuál le gusta á Vd.?

—Son tan parecidas...

—Adios, amigo mio: ya le dije que Madrid es ancho y hospitalario: ya tiene Vd. en qué entretener las vacaciones teatrales... Estará usted hasta media noche en el café: de doce á tres hará Vd. el amor á gritos en la calle, y de día visitará Vd. la casa y hará los encarguitos de la madre.

—Mi amigo, al verse abandonado, vaciló un instante y por fin se levantó: pero la madre, casualmente, ó temiendo perder una proporción para sus hijas, salió delante de nosotros. Todas las niñas desfilaron con la vista á la derecha donde estaba el forastero.

—No me deje Vd. solo... esta es una aventura; me dijo el agraciado.

—Sea, respondí suspirando; sucede hoy lo mismo que en mi tiempo.

—Volvi la cara, y pausadamente y divididos en grupos, seguían la misma dirección casi todos los parroquianos del café.

—¿Qué es eso? dijo alarmado el forastero.

—No tenga Vd. cuidado, son madrileños desocupados, que emplean su tiempo como Vd. y vienen á encerrar estas muchachas: después seguirán á otras, sin ninguna consecuencia, porque persiguen un ideal que nunca se realiza. Un amor fácil, distinguido, sin obstáculos, ni gastos.

En efecto, el sereno abrió y los grupos se disolvieron poco á poco.

—¿Ve Vd. Madrid no necesita teatros, ni diversiones, ni sucesos extraordinarios para distraer á los ociosos. Pero ya se abre uno de los muchos balcones de esa casa: acérquese usted y hable á la que salga.

—Señorita... dijo el forastero aproximándose y sin distinguir á la que estaba asomada.

—¡Caballero!... respondió un coro de voces argentinas...

—Mi amigo retrocedió: en cada uno de los balcones había una mujer.

—Vámonos, dijo; yo no sé declararme á una familia.

—Elija Vd. cualquiera, amigo mio; así como así, la casualidad, tal como están nuestras costumbres, es la que preside á la unión de hombres y mujeres: es una lotería en que las bolas se unen y desunen al volar el bombo; usted, aquí, es una cifra únicamente. La felicidad de esas uniones depende de la suerte.

En aquel momento sonó un tiro que atronó aquel barrio extraviado.

—Acuda Vd., sereno, dijimos al honrado vigilante.

—Ya sé lo que es, respondió con mucha calma: es un vecino muy bueno que todos los domingos pega un tiro á su mujer.

—Pero ¿no la socorre Vd.?

—No hay cuidado, señor, no la dá nunca.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

Palabra de castellano.

Leyenda histórica.

Corría el año de gracia de 1227.

El mes de octubre llegaba á su fin.

Los débiles y melancólicos rayos del sol poniente, daban el último beso del día á los elevados campanarios del monasterio de Huerta, pequeña población del antiguo reino toledano, no muy lejana del de Valencia que acababa de reconquistar D. Jaime I.

El cuadro que á estas horas presentaba la naturaleza, era bellísimo; tristemente poético, impregnado de esa melancólica dulzura que sumerge al alma en un mundo de infinitas reflexiones y de consoladoras esperanzas; esperanzas y reflexiones que hacen al espíritu remontarse á superiores regiones y abordar en alas de exuberante fantasía á esos imperios desconocidos del amor sin límites, de la eterna dicha, de la perdurable bienaventuranza.

Solitario el campo, puro y sereno el cielo, transparente y embalsamada la atmósfera, rojos y dilatados los horizontes, el sol tibio, el monasterio severo y sombrío, proyectando sombras gigantescas, las campanas tocando al ángelus con voz trisitante, la soledad completa.

¡Qué hermoso es el mundo de esta manera!

¡Entretenos en el convento!

El pórtico es ancho, formado por robustos muros, bizantino, de construcción rama; el patio cuadrado y espacioso: á su derecha el templo, á la izquierda un cobertizo que da acceso á una ancha escalera de piedra; terminada esta, dos grandes galerías se distinguen en dirección opuesta; la de un lado conduce á los aposentos de las hijas del señor; sigamos la otra, y veremos que termina en un salón extenso y magnífico, de altos muros, artesonados techos, grandes ventanas mirando á Occidente, como para recoger por ellas todos los átomos de luz de los postreros rayos del sol que en aquel momento se ocultaba tras las elevadas crestas de los vecinos montes; el mueblaje escaso, pero severo y rico; grandes sillones de nogal tallado; en un extremo, un valioso lecho de caoba cubierto de nudosos cortinajes, en el otro un riquísimo reclinatorio, y sobre este un gran crucifijo de marfil de valor extraordinario, rodeado de cuatro candelabros de plata cuidadosamente cincelados. Tal es el mueblaje de la habitación.

¿Quién hay en ella? Por el silencio parece desierto, no lo está, sin embargo; veamos quién la habita.

Sentada en uno de los sillones que hemos descrito, casi oculta por la sombra que proyecta el espesor del muro, recostada en el brazo derecho sobre el alféizar de la ventana, y la cabeza apoyada en la mano del mismolado, una dama de severo rostro, magestuoso porte y distinguidas maneras, devora con la mirada el espacio que abarcan sus ojos, siguiendo la dirección de un tortuoso camino que se pierde en la lejanía.

Con extraordinaria frecuencia esta mirada escrutadora y dura, se cambia en cariñosa y dulce, y la fija en un hermoso niño que sostiene dormido sobre su brazo izquierdo, y luego en otro de alguna mas edad, que indolentemente tendido á sus pies, se entretiene con un cordón de seda y oro, que pende de la cintura de la dama.

Los contempla un rato, suspira levemente para no despertar al ángel dormido y torna á mirar al espacio, y al observar la luz que aún resta de la tarde, mueve con impaciencia la cabeza como sintiendo que termine tan pronto, ó acaso, que sea tanta su duración.

—¡Pobres hijos míos! exclama volviendo á dirigir la vista hacia los hermosos niños. Y luego continúa acariciando la rubia cabeza del mayor: ¡Quiéren desheredarle! ¡quitarte un tronco que te corresponde, por que de derecho correspondía á tu padre!... ¡No! ¡no será mientras yo aliente, que toda mi vida he de consagrarla á defender tus fueros!...

Después, mirando nuevamente al camino, que apenas se divide con la luz incolora del crepúsculo, exclama:

—¡Cuánto tardar!... ¿Si será que el miedo se haya apoderado de su corazón. ó que le haya ganado el oro de los contrarios?... ¡Quién sabe!... ¡Pero no!... siempre ha sido leal á su palabra y fiel á sus promesas. ¡Vendrá, sí, vendrá!...

No bien la dama hubo acabado de pronunciar estas palabras, cuando en un reoite del camino se divisó un caballero, que á largo paso se dirigía hacia el convento.

—¡Eh!... exclamó toda conmovida la impaciente dama. En este instante el caballero llegaba al pie del muro, y sin apearse de su cabalgadura, pero desdoubriéndose, dijo:

—¡Dios os guarde, señora!

—¡Oh, gracias, Ruiz de Haro! exclamó ésta. Mi impaciencia era horrible; creí que también tú me habías abandonado...

—Mal pensó de mi honor vuestra alteza; que los de Haro jamás faltan á su palabra, mucho menos, si, como en la ocasión presente fué dada á un moribundo en sus últimos instantes.

—¡Gracias, gracias, noble Ruiz; el desdichado infante te agradecerá desde el cielo el interés con que defiendes á sus desgraciados hijos!

—Abreviemos, señora, que el tiempo urge; ¿estáis decidida á marchar esta misma noche?

—Decidida y anhelando que llegue el momento de la partida. ¿Está todo prevenido?

—Todo se halla dispuesto para obedeceros; solo falta recibir vuestras órdenes.

—Pues bien; esta noche á las nueve, cuando en la campana del convento suene el toque de ánimas, estaré dispuesta á seguirlos.

—Está bien, señora, todo estará preparado para esa hora y yo me encontraré en este mismo sitio.

—No; aguarda frente á la puerta del monasterio, que es largo el trayecto y tendrá miedo el infante.

—Hasta las nueve, frente á la puerta del monasterio; dijo el caballero; y apretando los sciates al corcel, se alejó rápidamente por el mismo camino que había traído.

La dama le siguió algún tiempo con la vista, después se retiró de la ventana y se dirigió al lecho, depositando en él cuidadosamente al pequeño niño que dormía en su regazo.

II.

Hora es ya de que descubramos á nuestros lectores el misterio de los personajes de esta historia.

Conocido es de todos el turbulento y borrascoso reinado de D. Alfonso X, llamado el sabio; de aquel Rey de quien tan oportunamente dijo Mariana que «contemplaba el cielo y miraba las estrellas, y entretanto perdía la tierra y el reino.» Sabido es que con la muerte de su primogénito D. Fernando el de la Cerda, heredero del trono, dividióronse los nobles en dos bandos, unos que creían que los derechos á la corona correspondían á los hijos que el infante D. Fernando había dejado, y otros, los mas, que llevados de las buenas prendas personales del infante don Sancho, decían que era éste el que debía reinar.

El rey D. Alfonso y la reina doña Violante, hermana de Pedro III de Aragón, llevados del grande amor que al difunto D. Fernando tenían, eran del primer partido; sobre todo la reina, que deliraba por sus nietos; predilección que ocasionó varias anublaciones y tumultos movidos por D. Sancho, que no se avenía á perder un reino en cuyo favor tanto había trabajado, y al cual creía tener indisputable derecho.

Además incomodaba al Rey Don Alfonso que aún en vida suya se tratara con tanta insistencia y tan gran desenfado la cuestión de quién había de sucederle; mas no queriendo dejar germen de tempestades en el reino para después de su muerte, decidió juntar Cortes en Segovia, y que éstas decidieran acerca de quién tenía mejor derecho.

Reuníronse en efecto, y después de largos debates y animadas controversias, acordaron proclamar como heredero del reino de Castilla al infante D. Sancho.

Avínose el rey, aunque no de muy buen grado, á esta resolución de las Cortes; mas no así la reina, que en el momento que tuvo noticia de ella, decidió pedir protección para sus desheredados nietos á su hermano D. Pedro, para la cual dispuso huir con los pequeños infantes al reino de Aragón á fin de librarlos de las iras de don Sancho.

Por eso la hemos visto acariciar con tanta ternura á los pequeños infantes en el salón del monasterio de Huerta, á donde se había retirado, con el fin de estar cerca de la frontera, y esperar con tanta impaciencia la llegada de D. Simon Ruiz de Haro, señor de los Cameros; que con esto y con D. Fadrique, hermano de la reina, era con los únicos que contaba ésta para llevar á cabo su arriesgada empresa.

Viremos en la continuación de esta historia, si la llevó á cabo tal y conforme la había concebido.

III.

Volvamos al monasterio de Huerta.

Cuando sonaba el toque de ánimas en su elevado campanario, ya un caballero se hallaba apostado enfrente de su pórtico, esperando á alguna persona que de el convento indudablemente había de salir.

Era D. Simon Ruiz de Haro, que aguardaba á doña Violante, reina de Castilla.

Esta no se hizo esperar. Rebosando en un negro y anchuroso manto salió del edificio llevando al brazo al mas pequeño de los infantes, y al mayor de la mano, recomendándole marchara con sigilo para no llamar la atención de los moradores del convento.

Llegó donde el señor de los Cameros, la aguardaba; saludáronse silenciosamente, tomó el caballero en sus brazos al mayor de los infantes, y se dirigieron con paso rápido, hacia el lindero de un bosque cercano, donde los aguardaban varios hombres conduciendo una litera, y una lucida mesnada de gentes de á caballo.

Nadie pronunció una palabra; metióse la reina en la litera; colocó Ruiz de Haro uno de los infantes en el arzon delantero de su silla; D. Fadrique tomó al segundo, colocándole de igual manera; «¡marchemos!» dijo el caballero, y todos emprendieron silenciosamente el camino de Aragón.

Toda la noche caminaron de este modo, sin contratiempo de ninguna especie, haciendo únicamente las paradas necesarias para el relevo de los que conducían en hombros la litera; mas estaba dispuesto que no habían de llegar sin obstáculos al término de su viaje.

Cuando ya las primeras tintas del alba leja de divisar las no lejanas tierras de la corona aragonesa, á las que anhelaban arribar como puerto de salvación, un gran estrépito de voces y estruendo de armas les hizo notar que alguien, y en gran número, venia en su seguimiento.

Rápidamente Ruiz de Haro, comprendiendo el peligro, descendió del caballo, entregó el infante que consigo llevaba á un hombre de su confianza, diciéndole: «Con tu cabeza respondes de la vida de este niño.» Hizo salir á la reina de la litera y subir en un corcel, y encargando su guarda á oratores de sus mas valientes soldados que puso bajo la obediencia de D. Fadrique, les dijo: «No descansen hasta dejarlos en Aragón, que yo os juro que nadie ha de alcanzarnos en el camino, sin pasar por encima de los cadáveres de todos nosotros.»

La reina, ahogada por el llanto, no pronunció una palabra; pero le dió á besar la mano.

«¡Al galope hasta ganar la frontera!» dijo el de Haro, y les siguió anhelante con la vista hasta que desaparecieron en vertiginosa carrera, como llevados en alas del viento.

Ya era tiempo, en verdad.

Apenas había acabado de hablar Ruiz de Haro cuando se oyó la voz de alto, dada por el jefe de sus perseguidores.

Era el mismo D. Sancho, que noticioso por un escudero de la reina de la fuga que ésta preparaba, se propuso alcanzarla, á fin de tener en su poder á los infantes.

Pero fueron vanos sus intentos. El de Haro, á la cabeza de los soldados que le habían quedado, les acometió valerosamente, y aunque por la superioridad del número que el infante llevaba, quedó vencido el valeroso caballero, no por eso consiguió menos lo que deseaba; pues que en mas de dos horas que hizo durar el combate, tuvieron tiempo de sobra los fugitivos para traspasar la frontera de Castilla.

Sólo cuando tuvo certeza de esto se entregó el noble castellano, cumpliendo de este modo la palabra que dió al infante de la Cerda, de que defendería á sus hijos con todas sus fuerzas, y la otorgada á doña Violante de ponerla en el reino de Aragón.

El feroz y sanguinario D. Sancho, sin tener en cuenta tanta nobleza y valentía, le hizo quemar en la plaza pública de Treviño, dando con esto una idea de lo que sería cuando llegara á regir los pueblos castellanos.

FERNANDO SOLDEVILLA.

Visitas retrospectivas.

Suele haber en el otoño días hermosos, cuyo crepúsculo vespertino; reuniendo los encantos de la luz y la sombra, ofrece á la vista un espectáculo bellísimo y al alma un goce vago, una dicha inefable que se siente, pero no se explica.

También, como esos días, las celebridades que pasan después de haber brillado en el zenit, tienen crepúsculos mas ó menos largos, pero no menos bellos que los que brinda la Naturaleza.

He sentido el deseo de contemplarlos, de recoger una vez mas los fulgores de esos brillantes astros que fecundizaron el mundo de la inteligencia y del arte, y los he buscado.

Estas visitas, homenaje que hoy rinde á ayer, son las que voy á referir á los lectores.

1.ª

D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

Hacia cuatro años que las vicisitudes me habían privado del placer de ver al insigne literato que en todo tiempo me había favorecido con sus sabios consejos y su franca amistad; pero contando con su benevolencia, me decidí á buscarle.

Llegué á la calle de Leganitos, y como no sabía el número de su casa, pregunté á la primera portera de rostro comunicativo que descubri en uno de los portales de la acera derecha.

—Dígame Vd., señora, ¿sabe Vd. dónde vive el Sr. Hartzenbusch?

—¿Uno que ha hecho comedias?

—Sí.

—¿Viejecito ya?

—Precisamente.

—¿Un buen señor! Vaya si se dónde vive. Miró Vd., allí enfrente, en el número 13. Todas las tardes sale á paseo con su hijo, que es un santo varón. Ya ve Vd., es joven y no se aparta de su padre mas que para ir á sus obligaciones. Por la tarde él le baja, él le mete en el coche, se va con él, vuelven y ya no sale. Le cuida con un esmero, con un... Dios se lo premiará, que es un buen hijo si los hay. Mi pariente y yo nos ponemos á la puerta cuando van y cuando vienen para verlos. No los hemos hablado nunca, pero eso no importa. Los queremos como si los tratáramos, y si se les ocurriera algo, les serviríamos con mil amores. Ya ve Vd., toma una ley á los hombres que valen, y luego que yo soy muy aficionada á las comedias. Siempre que puedo voy al teatro del Recreo, y mi marido cuando era joven salió de comparsa en *Los polvos de la madre Celestina*.

Dejó á la buena mujer con la palabra en la boca, no sin despedirme cortesmente de ella, y penetré en el número 13.

—¿El Sr. Hartzenbusch? pregunté á la portera.

—Aquí vive, me dijo, pero ha salido.

—Segun eso ¿está bueno?

—No señor, anda muy achacoso; pero él y su hijo salen en coche todos los días de labor por la tarde y los de fiesta por la mañana.

—Dele Vd. esta tarjeta.

—Es Vd. amigo suyo?

—Sí, señora.

—Y hace ya tiempo que no le ve Vd., ¿no es verdad?

—Algunos años.

—Pues no le conocerá Vd... y eso que ahora... pero en fin, cualquier día al anocheecer puede Vd. volver y le hallará. Casi todos los que acuden á visitarle le encuentran á esa hora... y muchos de ellos son extranjeros que quieren conocerle... Dios pasados estuvo una princesa, y há mas de un año vino un emperador!...

Por fin, aprovechando el aviso de su hijo, á quien rogó que me indicase cuando podría tener el gusto de saludar al insigne literato, pasé á su lado una de las últimas tardes.

La emoción que experimenté al estrechar su mano fué inmensa. Hallábase en un gabinete, sentado en una butaca de rejilla junto á una mesa cubierta con un tapete verde, sobre la cual se veían el último número de *La Ilustración* y algunos diarios.

También me saludó D. Juan con acento conmovido:

—Mucho agradezco á Vd. que se haya acordado del pobre inválido, me dijo.

—Todos nos acordamos de Vd. siempre con respeto y cariño, contesté.

—Los jóvenes mas que los viejos, añadió:

—Y los extranjeros mas que los españoles?

—¡Oh! no me queje... retirado del mundo, enfermo, ¿para qué sirvo? Pero alguno que otro extranjero viene, en efecto á verme, y no há mucho me sorprendió y me honró con su visita el emperador del Brasil.

—Así honró su corona.

—Fué excesiva bondad: ya en otro viaje que hizo á España dispensó igual favor al inolvidable Breton de los Herreros.

Mientras hablaba, no podía menos de fijarme en su rostro. Una encarnación vigorosa y

saludable, unas facciones limpias y tersas, una movilidad juvenil, una mirada dulce y penetrante, velado todo por una sombra que parecía una gasa: la vejez reflejándose en la juventud.

—Estoy bueno, me decía, como bien, duermo perfectamente, leo sin cansarme y la vista no me ha abandonado, pero siento una extinción de fuerzas tan grande, que apenas puedo moverme.

En efecto, en él se ve una naturaleza virgen prisionada en una red de nervios que han perdido todo el vigor: estatua de granito en cuya frente arde una luz combatida por encontradas ráfagas.

Poderoso aún para concebir, al expresar se detiene como quien sube una empinada cuesta, cansada el hilo de la conversación, vuelve a pararse y aflija ver esa lucha, ese crepúsculo del genio, esa brillante mariposa enredada en la tela de araña del tiempo.

Y sin embargo, su edad es el albor de la vejez, el día 6 de este mes ha cumplido 73 años: sin la debilidad nerviosa que le aqueja, aun podría su musa dar páginas gloriosas a la escena, y su juicio rica cosecha de observaciones a la crítica.

Al recordarle algo de su pasado su emoción se aumentaba y hasta asomaban lágrimas a sus ojos.

—¡Cuántas gracias tengo que dar a Dios! exclamaba. He vivido queriendo y siendo querido... Nadie me ha hecho daño ni me lo ha deseado. No he conocido los hastios de la ociosidad. He necesitado muy poco y he tenido más de lo que he necesitado. He visto desaparecer poco a poco a mi familia, pero tengo a mi Eugenio que me quiere por todos los que han desaparecido. Los dos vivimos solos y él sufre mis achaques y mis impertinencias con abnegación santa...

Su buen hijo que allí estaba, varió la conversación.

—Voy a enseñar a Vd., me dijo, una de las primeras obras de mi padre.

Y quitando el tapete de la mesa que tenía delante el autor de sus días;

—Yea Vd. este mueble, añadió; a los catorce años y cuando ya llevaba dos o tres de aprendiz en el taller de mi abuelo, en vez de darme un banco de carpintero, deseé una mesa y yo mismo la construí.

Es una obra acabada hecha a conciencia y que a pesar de sus cincuenta y nueve años se conserva en perfecto estado.

—En efecto, dijo con expresión de alegría D. Juan; yo la labré y sobre ella escribí mis primeros ensayos. Durante mucho tiempo ha estado arrinconada y ahora, al final de mi vida, ha vuelto a ser mi compañera. Vió nacer mis primeras ideas y recoge las últimas.

El hijo del ebanista, elevado por su talento al primer puesto en la esfera literaria, gozaba recordando su origen.

—Y hace Vd. algo ahora, le pregunté.

—Comentar el Quijote.

—Conozco las notas publicadas en Barcelona.

—Es que el Quijote es inagotable. Cada vez que le leo, y creo que soy quien le ha leído más veces en el mundo, hallo algo nuevo en él y apunto al paso mis impresiones.

Su hijo me mostró dos legajos de notas escritas todas de puño y letra del Sr. Hartzenbusch. Un tesoro de observación y de crítica.

—Pero ya no trabajo más, añadió... me canso...

—¿Y no conserva Vd. algún manuscrito, alguna obra dramática inédita?

—Sin representar sí, pero inédita no. ¿Lo creará Vd.? Yo he sido el primero que ha cultivado el género bufo en España.

—¿Usted?

—Yo, sí... es mi gran pecado. Una zarzuela, *El amor enamorado*, que tiene música de Arrieta, y estubo a punto de representarse poco antes del incendio del teatro del Circo. La obra la escribí en Panticosa, en Biarritz y en Madrid, en el verano de 1857. Después he reincidido publicándola.

Me regaló un ejemplar de su libro *Obras de encaño*; he leído la zarzuela que está incluida en él, y de lo bufo de esta obra a lo bufo de las que han hecho la fortuna de Arderius en los últimos años, hay la diferencia que entre las piedras preciosas y los diamantes americanos.

Aproveché un momento para examinar la habitación en que nos hallábamos. Ya he dicho cómo estaba el insignie escritor. A su izquierda arimada a la pared, había una mesa de despacho con algunos libros. A la derecha y detrás de su asiento, una chimenea con un reloj; en la pared el magnífico retrato de Teodora en *Adriana Lecouvreur* y a los lados los de Romea, Rubi, Breton de los Herreros y Zorrilla, un retrato de Hartzenbusch, a los veinticinco años, la fachada del museo y biblioteca que se construye en Recoletos, el plano de la biblioteca nacional y una fotografía de las momias de los amantes de Teruel completaban el adorno de aquel gabinete modesto y venerando santuario del talento.

—Veo allí, le dije, a los poéticos amantes.

—Sí, ahí están los pobres... contestó sonriendo. Si los hubiera visto antes de hacer el drama, no lo hago...

En varias ocasiones, y por no fatigarle, me despedí.

—¡Oh! no se vaya Vd. tan pronto, me decía... No me fatiga hablar... hablemos.

Y yo le oía con veneración y cariño. Hablamos del teatro Español, de la literatura contemporánea, de sus recuerdos, de los actores:

—Soy el autor a quien menos han producido sus obras, me dijo: las vendí algo mejor que el estudiante gallego de Moratin, pero no conservo, porque en aquella época no podía conservarse, mas propiedad que una tercera parte de *Los polvos de la madre Celestina*, el usufructo en Madrid de *La redoma encantada*, y por completo la de *El mal apóstol* y *El buen ladrón*.

En cambio, otros autores han derrochado miles de duros, ó se han hecho ricos.

Hartzenbusch se jubiló hace cuatro años. Desde 1844 había llegado por sus pasos contados en la Biblioteca Nacional al puesto de director, y al retirarse le quedó una jubilación de 24.000 reales, que el descuento reduce a 18.000.

Si no hubiera sido económico y previsor, el primer literato español apenas podría vivir.

—Ahora no salgo en coche mas que un día sí y otro no, me decía. El carruaje diariamente es mucho lujo para un pobre literato.

¡Y pensar que pasean por el Retiro y por la

Castellana en coche propio muchas cabezas como el busto de la fábula, mientras que una de las glorias de la literatura española tiene que economizar a costa de su salud!

Ultimamente ha querido mejorar su jubilación, fundado en la ley de Presupuestos, que considera de abono los años de servicio en la Academia Española.

Inútil afán: la ley prohíbe alterar las jubilaciones.

¡La ley! Sería gustoso de leer lo que en presencia de este caso escribiría Cervantes si viviera.

Se hacía ya tarde y me levanté.

—¿No será esta la despedida? me dijo.

—¡Oh! no, ya vendré a ver a Vd. y de seguro imitaré mi ejemplo otros muchos al saber el placer con que recibe Vd. a sus antiguos discípulos y amigos.

—Con saber que son felices me basta.

Estreché de nuevo su mano, y atravesando por la sala en donde vi en una consola un lindo jarrón de plata que regaló al poeta el antiguo Liceo, el busto de su primera esposa, al que dedicó una de sus mas inspiradas composiciones, un retrato suyo de roca y varios piadosos recuerdos de familia; abandoné aquella morada que alberga al hijo del trabajo ennoblecido por el talento, poseído de una emoción triste y dulce a la vez.

Me pareció que había cumplido un deber y gozaba. Había visto el crepúsculo de un día esplendente y tenía las sombras de la noche.

Casi todos los pueblos saben honrar a los muertos.

Es preciso hacer mas: ¡hay que aprender a honrar a los vivos!

JULIO NOMBELA.

8 de setiembre de 1879.

El Sol y la Tierra.

Diffícilmente podrán averiguarse con certeza las ideas que en los hombres primitivos despertó la presencia del gran lumínar de la Tierra. Las tradiciones que sobre esto se conservan han sido desvanecidas, primero por las doctrinas que formularon los pueblos de Oriente; luego por la obliteración que han sufrido al atravesar generaciones y edades. Es razonable suponer que el brillante espectáculo de la Naturaleza despertaría en los primeros pobladores de la Tierra la idea de un Sér Supremo de carácter eminentemente personal; que reputarían como manifestaciones de su esencia y de su voluntad los misteriosos fenómenos que presenciaban y que tal vez de esta manera se irían preparando las creencias y la tendencia providencial de los pueblos orientales al idealismo.

Así, pues, en el Sol, cuya influencia es visible en los fenómenos de la vegetación, que lleva fuerza, movimiento y vida en sus ardientes rayos, cuya desaparición produce la ténica noche en que se verifican fantásticas apariciones, verían probablemente un símbolo de poder de fuerza solo explicable por la voluntad de un Sér superior que en él dominaba y residía.

La primera doctrina en que del Sol se trata y de que da cuenta la historia, es la del Sivaismo, nacida en las orillas del Ganges. Esta doctrina, a la vez social, política y religiosa, formula sus preceptos y da sus leyes derivándolas de los atributos concedidos a las divinidades astrales que se dignaban descender a los bosques sagrados para inspirar a los magos, adivinos y hechiceros y revelarles el destino de los poderosos de la tierra y los principios de la ciencia universal.

En este sistema, modificado luego y fundado como definitivo por el gran Zoroastro, el Sol ó Bhara tiene en sí el principio fecundante de la naturaleza; y de su consorcio con Bhavari (la Luna), que es la fuente de que dimanar la humedad de los cielos y las aguas de la tierra, nacen todos los seres. Reducidos de este modo a dos los elementos primordiales de la Creación, hacían los Hindus del fuego y del agua los mitos principales de las creencias religiosas; idealizaban sus propiedades y atributos en los dos grandes luminares.

Bhara (el Sol) cruza la extensión de los cielos montado en un toro blanco, expresando de esta manera su poder y su acción destructora. Marcha a su lado la Luna ó Bhavari rodeada su cabeza de emblemática diadema, suelta y flotante la cabellera, llevando en sus manos «la urna sagrada de donde se derraman las aguas que mitigan las olas de fuego arrojadas por Bhara en el acto de la fecundación universal.» A los pies de Bhara se halla Dherma, diosa de la Justicia, blandiendo en su diestra flamígera espada y en su sinistra la fiel balanza en que pesa las acciones humanas: sus miradas se inclinan a Bhavari, madre de la Naturaleza, y según las irrevocables órdenes de Bhara da y reparte desgracias y dichas, plagas y prosperidades, venganzas y justicias, castigo y recompensa a los mortales.

No sería quizás difícil encontrar en estas nociones y atributos del Sol y la Luna y en esta mística dependencia entre ambos el origen de la esclavitud de la mujer y consecuentemente se condiciona servil en los pueblos del Occidente que de los Hindus, fueron recibiendo civilización, cultura y leyes.

Los persas, herederos inmediatos de los hindus modificaron las nociones astronómicas, dando a las divinidades astrales un carácter mas benéfico y moral; pero no se hizo sin que la impaciencia por una parte y el horror que inspiraban las fenómenos celestes, introdujesen y afirmasen las doctrinas astrológicas creadas para satisfacer una necesidad del espíritu humano, y para asegurar el predominio de los intérpretes de las voluntades divinas, sobre la conciencia y los intereses de aquellos pueblos.

Véase, pues, por lo dicho que, aparte de la división natural del día por las apariciones y desapariciones sucesivas del Sol, reguladora entonces, como ahora de la actividad y del descanso de hombres y animales, no se había llegado a establecer un sistema regular y propio de observaciones para llegar a conocer los movimientos y la naturaleza de los astros.

Los egipcios fueron los primeros que emprendieron esta obra y los que pusieron los fundamentos de la astronomía propiamente dicha; sin embargo, tomaron de sus antecesores los persas, los fundamentos de la astrología. Sus famosas divisiones estelares y la invención del Zodiaco fueron principalmente destinadas a las predicciones. Investigaron los egipcios el curso anual del Sol a través de las estrellas que reco-

nocieron como fijas, y establecieron la nomenclatura que integra ha llegado hasta nosotros, de los círculos llamadas Trópicos, Ecuador, Eclíptica y demás, que por lo racional y metódica ha sido el fundamento de los progresos realizados en el estudio de la astronomía de posición ó esférica.

Una prueba de los conocimientos astronómicos de los egipcios, mayores sin duda de los que se les habían supuesto, se halla en las célebres pirámides de Egipto. En ella ha reconocido Piazzi Smith los elementos de nuestro sistema planetario; sus aristas oriental y occidental determinan el Meridiano; la inclinación singular y la constante de las lozas de la cámara de la reina dan la latitud del lugar, y de las relaciones establecidas por dicho astrónomo entre sus dimensiones principales, resultan la relación de la circunferencia al diámetro, la longitud del Meridiano terrestre que es el patron del metro actual; el diámetro del Sol y su paralaje que depende de su distancia a la Tierra. Fáciles deducir de esto hasta qué punto llevó aquel pueblo sus estudios astronómicos de que son únicos vestigios aquellos monumentos levantados con una idea mucho mas grandiosa que la de perpetuar la memoria de Cheops.

Pitágoras, que se ilustró en sus viajes por los países del Oriente de Grecia, ideó el primer sistema planetario, según el cual el Sol es centro del sistema planetario y de las órbitas (circulares, según él) que describen la tierra y los planetas.

En tanto que este sistema se sostenía con fortuna varia, sosteníanse tambien en Grecia las opiniones de otros filósofos y poetas; tales como la de Homero, que atribuía al Sol la dirección de los acontecimientos y hacia residir en él al Dios Apolo, de ferviente culto para los pelagosos, la de Lucrecio, que sospechaba la existencia en él de seres animados; las de Eudoxio y Euclides, que le invocaban como la fuerza creadora y destructora del universo; la de Aristoteles, que tenía al Sol por incorruptible y eterno.

La doctrina de Pitágoras cayó, finalmente, en descrédito; y fué substituida por la teoría de Ptolomeo, según la que la tierra es el centro del sistema y de las órbitas solar y planetarias. Esta teoría fué ardientemente sostenida por la escuela filosófica que predominó en Europa durante la Edad Media. «Ninguna ciencia es necesaria.» Con estas palabras condenó todo espíritu de investigación, como en virtud de palabras análogas, el conquistador Omar rechazaba las ciencias y condenaba al fuego la biblioteca de Alejandría.

Por último, Copérnico, mediante los resultados obtenidos en un largo y asiduo trabajo, fundó el verdadero sistema planetario. Galileo, con sus ardientes polémicas, observaciones y cálculos; Kepler, con sus admirables leyes, y Newton con su descubrimiento de la gravitación universal, la confirman y la dan certeza inquebrantable.

En vano Descartes trató de introducir el irracional sistema de los torbellinos. La teoría de Copérnico, combatida por el hierro y por el fuego, ha ido recibiendo sanciones solemnes con las modernas teorías.

Sol, luna, planetas y estrellas en el sistema de Ptolomeo giran alrededor de la tierra fija en el espacio; todo a ella le está subordinado; desde el humilde vegetal en que su rugosa superficie crece, hasta las innumerables estrellas que se destacan en la transparente esfera; pero los genios poderosos de Copérnico, Galileo, Kepler y Newton que estudian en la Naturaleza la palabra del Creador y en sus inmutables leyes se inspiran, fijan el Sol como centro del sistema, y danle por cortejo los planetas y los satélites; arrancan la tierra de sus falsos cimientos y la impulsan al espacio, donde describe inmensa órbita; a la luz de la verdad por ellos proclamada cambianse la faz del Universo y las profundidades de la tierra, y desaparecen de su centro las regiones infernales que uno y otro año, con inquebrantable periodicidad, cruzan, invaden y profanan las pretendidas regiones del Empíreo.

En el azulado cielo brilla el astro que regula el movimiento de los enormes globos planetarios; Sol, Tierra, Luna y planetas marchan hacia una constelación como si allí existiese otro centro especial de atracción; y allá en remotísimas profundidades del espacio existirá el centro universal de Sol, tierra, planetas y estrellas que tacheñan la azulada bóveda.

Del mismo modo en el inefable cielo de las ideas que dirige y regula los movimientos de las almas se percibe un centro de atracción divina hacia el que la humanidad camina a través del tiempo con el auxilio de la razón y de la ciencia.

Como dice el ilustre y malogrado P. Secchi, «el hombre no vive solamente de pan; debe tambien para dar vida a su alma asimilarse las verdades abstractas, cuyo conjunto es para nuestra inteligencia la palabra del Creador.»

RAMON ESCANDON.

París.

Ni las primeras representaciones de *La Venus negra*, ni la muerte de Chan, un grande artista que ha divertido con su lápiz a dos generaciones, han logrado distraer la atención del pueblo de París, totalmente consagrada a los deportados que regresan.

Desde las diez de la noche del lunes, el gran patio y los alrededores de la estación de Orleans hallábanse invadidos por una multitud considerable. Individuos de todas las clases sociales están mezclados entre el gentío. Circulan gran número de periodistas que llenan de notas sus carteras. Vénse algunas actrices de las mas conocidas de París. En diversos sitios se forman nutridos grupos, rodeando a los deportados que llegaron la noche anterior, y de sus labios escuchan conmovedoras relaciones de su vida en la isla de los Pinos, de los insomnios del destierro, de la ida y de la vuelta, de los que regresan y de los que ya no podrán regresar nunca. Al sonar las doce, la ansiedad y la impaciencia pintanse en todos los rostros. El telegrafo de la estación funciona. Cuatro ó cinco mil personas se agolpan sobre la reja que separa el patio del desembarcadero: muéstrase al público un telegrama; la multitud devora su contenido; el tren de los deportados viene con gran retraso, y no llegará a París hasta el

amanecer. Se disponen casi todos a pasar allí la noche: el cielo está sembrado de estrellas.

Va dejándose sentir el frío; muchos se refugian dentro de los omnibus; otros invaden los cafés próximos a la estación, los vendedores ambulantes circulan en extraordinario número despachando centenares de panecillos; aquí un muchacho canta; allí una mujer llora; mas allá un niño de pecho duerme; en otro lado un viejo tiritita. Hermanos que aguardan a sus hermanos, mujeres que aguardan a sus esposos, ancianos que aguardan a sus hijos, componen la mayoría de los que esperan el tren de los deportados, y todos velan; ni uno sólo se rinde al sueño ó a la fatiga, y eso que todos deberán acudir al trabajo poco despues que el sol despunte.

Las horas pasan; por fin, las estrellas palidecen y el día vagamente clarea; óyese a lo lejos el silbido de una locomotora; los alrededores de la estación se ponen en movimiento; el gentío se apiña; algunos individuos del comité de socorro colocan una tarjeta en sus sombreros; varias señoras, que forman parte del comité, llevan como distintivo un lazo sobre sus corazonas; la pequeña figura de Luis Blanc apenas se percibe entre la apiñada multitud. Llega el tren y... ¡oh, desencanto! no es el que se aguarda; anunciase un nuevo retraso; el tren de los deportados aún tardará dos horas. Seis ó siete de estos, sin embargo, vienen en el que acaba de llegar; uno de ellos es un antiguo periodista, Humbert, redactor que fué del *Père Duchêne*.

Los redactores de *La Marseilles* le reciben en sus brazos y lo conducen a un restaurant cercano, donde celebran su llegada. De los cinco ó seis deportados que vienen con Humbert, uno está baldado y otros dos enfermos. Un numeroso grupo les hace entrar en una tienda de bebidas y ordena al patron que les prepare un almuerzo. El dueño del establecimiento es un antiguo sargento de la guardia imperial de a caballo; él mismo les pone la mesa, y entra tanto exclama dirigiéndose a los recién llegados:

—¡Ahora, a vivir tranquilos y a no ocuparse mas de política!

—¡Viva la república! le contesta con energía el mas enfermo.

Otro murmurando al patron con frialdad: —¡No he visto a ninguno de los autores del 2 de diciembre en Nueva Caledonia!

A medida que va avanzando la mañana, numerosos grupos que bajan del lado de la Bastilla, pasan el puente de Austerlitz y acrecientan la multitud. A las seis en punto el tren aguardado hace su entrada; los deportados asoman sus cabezas por las ventanillas de los wagones, y de todos los pechos se escapa a la vez un grito de horror. Lo que se esperaba era un convoy de seres humanos; lo que llega es una legión de espectros.

Los transportados a bordo del vapor *Var* fueron desfilando entre las tinieblas de la noche. París los vió pasar ante sus ojos como los negros fantasmas de una pesadilla; apenas llegaban, sus ténicas figuras se iban desvaneciendo entre la densa oscuridad; la gran sombra nocturna se fué calladamente apoderando de aquellas tristes sombras humanas. Pero los transportados a bordo del *Picardie*, por un capricho del azar, han penetrado en París bajo los rayos de un sol esplendente; se ha visto en todo su horror, se ha tocado la realidad espantosa; la brillante luz de la mañana ha sido esta vez inexorable; diríase que el cielo azul se complacía en arrojar entre nosotros los mas monstruosos engendros.

Quinientos son próximamente los transportados del *Picardie*: hay hombres, mujeres y niños; entre los hombres los hay de mas de setenta años. Todos tienen el rostro abrasado por los rayos de un sol tropical; ninguno de ellos parece haber nacido bajo el cielo de Europa; imposible formar idea de la edad de cada uno, a juzgar por su aspecto; en aquellas fisonomías toda edad está borrada: ese ser que veis delante lo mismo puede tener veinte años que cincuenta; no hay allí mas huella que la del destroz moral y físico. Los niños, casi todos, están enfermos de optalmia; las mujeres, especialmente, causan horror: el hambre y la fatiga aparecen a través de sus lúgubres semblantes; no hay palabra humana con que describir la impresión que producen estas desdichadas criaturas; diríase que pertenecen a otra raza distinta de la nuestra; envueltas en sus harapos, mirando con susto a derecha é izquierda, avanzando inciertas entre la muchedumbre que las recibe con gritos de dolor, parece que van a desplomarse bajo el peso de los ocho años de infierno caledoniano.

Los ancianos abundan; el número de paralíticos es grande; las piernas de todos flaquean; algunos se detienen y quedan absortos en profundo paroxismo.

En el boulevard del Hospital, a pocos pasos de la estación, les está preparada una modesta comida al aire libre.

Unos devoran; otros no tienen fuerzas para empezar; los niños gritan asustados al ver la muchedumbre que les contempla, y se cuelgan del cuello de sus madres.

Estos son los que, según la frase de un diputado conservador al combatir la amnistía, no querían volver porque estaban en Nueva Caledonia enriqueciéndose.

Ya están de nuevo entre nosotros; la prueba ha sido tremenda; no hay que temer de ellos nuevas conmociones sociales; si bien pasan a nuestro lado y con nosotros se rozan, pertenecen a un mundo distinto; ya no son mujeres ni hombres, son esqueletos vivientes.

Destruyeron la sociedad y no podía quedar impune su delito...

Pero, en medio de todo, fueron cándidos; si la hubieran destruido en nombre del orden, no les hubiese deportado nadie.

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Paris 12 de setiembre de 1879.

Imp. de EL LIBERAL, a cargo de L. Polo, Almudena, 2.